

CAPITULO V

LA MECANICA ELECTORAL

Grupos de presión. - El cuociente. - No es pecado la disidencia. - El negocio parlamentario. - Una solución ignorada. - Parálisis mundial del movimiento feminista. -
¿Votamos para que pudiéramos votar?
"La máquina electoral".

Desde el año de 1957 impera en nuestro país un régimen bipartidista por la aprobación del plebiscito multitudinariamente respaldado por el pueblo. Las mujeres, que ya teníamos los derechos políticos otorgados por el Acto Legislativo No. 3 de 1954, concurrimos fervorosamente a impulsar la campaña electoral previa y nuestro volumen de votación adquirió las proporciones de hecho decisivo de la aprobación del plebiscito.

Lo entendimos y aceptamos como un obligado proceso de transición para el libre juego de la democracia paralizado durante una etapa de doce años, que culminaron con la dictadura de Rojas Pinilla.

Se basó el plebiscito en un acuerdo de los dos partidos tradicionales, mediante el cual ambos compartirían por igual la responsabilidad y los gajes del poder. Quedó así estatuido que las tres ramas del poder: legislativa, ejecutiva y judicial, han de estar integradas por mitad conservadores y mitad liberales. Asimismo, se efectuó un acuerdo sobre la alternación presidencial para un período de dieciseis años, que luégo fue elevada a canon constitucional por el Congreso Nacional. Fue entonces, en esa primera etapa legislativa, cuando apareció la presencia femenina en el hemiciclo parlamentario. No como efecto de una campaña política dirigida por líderes femeninos sobre sus masas, sino como caballeresca ofrenda y prenda de gratitud del entonces Jefe del Partido a las damas que tan copiosamente habían contribuido con sus votos a la aprobación del plebiscito. Tampoco la inclusión de los varones en las listas fue precedida de campaña alguna, porque, estando como estaba, estancado el libre juego democrático, no hubo para nadie tiempo ni espacio para el previo ejercicio de la actividad política. Infortunadamente esta inclusión sorpresiva de los nombres de algunas damas en las listas oficiales de los partidos, en vez de despertar en el conglomerado femenino el sentido y la necesidad de una organización para futuros eventos, fue un sedante conformista que reafirmó su complejo de dependencia. Pensó entonces que recibía una dádiva, un favor a trueque de los prestados por ella y que su oficio en adelante era el de agradar y servir a los varones para merecer. Se desvinculó de sus electoras, olvidó sus agudos problemas y

dedicó toda su dinámica voluntad a la recolección de fondos, empaquetadura de papeletas y ayuda voluntaria a las campañas masculinas. Así, atomizada y dispersa, la sorprendieron sucesivos debates electorales, en donde fue decreciendo la generosidad de los varones, hasta quedar reducida a meras promesas y reverencias de estilo medioeval. Quizás estos fracasos eran necesarios porque los resentimientos, analizados en el laboratorio de la inteligencia, e impulsados hacia el esfuerzo colectivo para un mejor estar, se tornan en fuerza creadora.

Esto ha hecho que hoy nos encontremos en mejores condiciones para meditar en los desarrollos de una política y definir las bases sobre las cuales debe ejercitarse.

La sociedad necesita reajustarse constantemente a las circunstancias cambiantes en que se desenvuelve y, para este reajuste, emergen *grupos de presión* que constituyen fuerzas suficientes para desarrollar una política. Estos grupos generalmente se movilizan en torno a inteligencias directrices, de hombres o mujeres de una receptividad capaz de captar las angustias o necesidades del pueblo y volcarlas en programas o formas de acción que aglutinan la masa votante y determinan el compacto grupo que tendrá mayor posibilidad de triunfo mientras más vigoroso sea.

Una *elección popular* es la expresión de los programas que unen a cada grupo, si no con toda la comunidad al menos con los elementos básicos del grupo.

Los *candidatos* son los representantes que designa cada grupo que, al votar por ellos, les señala el deber de cum-

plir los compromisos adquiridos durante la campaña electoral, pues de lo contrario todas sus aspiraciones y anhelos quedan en el vacío. Estos candidatos al resultar elegidos, van al Congreso a presentar los proyectos de ley que sintetizan las necesidades de su grupo.

La *habilidad de los jefes máximos de los partidos* consiste en la ductilidad, es decir, en su capacidad receptiva para acopiar o reunir el mayor número de grupos afines reconociéndoles su representación adecuada, a fin de que unidos realicen una copiosa votación que haga triunfar la lista, y con ésta la *política del partido*.

Cuando los jefes carecen de esa sensibilidad política, y en vez de dar cabida equitativa a los diversos matices de la colectividad encomendada a su dirección y control, se empeñan en imponer, conforme a su sabiduría, los candidatos escogidos por su omnímoda voluntad, los grupos lanzan listas separadas para hacer triunfar sus legítimas aspiraciones, y estas listas son las que se denominan *disidentes*.

No es, pues, pecado la disidencia cuando encarna un programa respaldado por ciudadanos, hombres o mujeres, de limpia trayectoria, probada moral y claro talento.

Tal es, a mi entender, la manera como se desenvuelve la dinámica política dentro del libre juego de una real y verdadera democracia.

Lo que ha ocurrido en Colombia en los últimos tiempos es que nuestras disidencias no han sido el fruto de una conciencia de grupo exteriorizada en programas, sino la más cruda expresión de ambiciones personalistas. Esto,

porque se ha falseado el concepto de democracia y así las listas o planchas electorales no obedecen a los anhelos de los diversos grupos representados, sino a la ambición particular de politiqueros y manzanillos profesionales que se adueñan del electorado, forman camarillas y se hacen elegir perennemente. En esta forma no van a trabajar, ni siquiera concurren a las sesiones del parlamento, porque no tienen compromiso serio con ningún grupo y las más de las veces son impuestos desde arriba.

¿Qué compromiso puede tener un representante o una representante con las mujeres que votan desorganizadas e inmersas en los diversos ríos de la política masculina y que, por tanto, no han elaborado previamente ningún programa?

Esta es la causa para que nunca afronten valerosamente los grandes problemas nacionales; por eso la asistencia social y la educación, que son las bases sobre las cuales se sustenta toda sociedad civilizada, jamás se han resuelto. Cambian los gobiernos y sus ministros y con ellos se agiganta el tren burócrático, mientras la masa continúa hambrienta, desnutrida y analfabeta. Nuestros superhombres saben que éste es el caldo de cultivo para el tan temido comunismo, y sin embargo continúan ciegos y sordos al clamor general porque, con contadas excepciones, a cada representante sólo le preocupan sus particulares ambiciones de gloria, poder o lucro.

Las mujeres alcanzan a entender estas cosas pero desgraciadamente sólo las ven en las franjas más iluminadas por su sentimentalismo y, así, se lanzan en busca de so-

luciones parciales, fundando orfanatos e instituciones mil de caridad. Por ejemplo, todas las damas tienen como principal preocupación el lamentable abandono de la niñez, el desamparo del hogar, la desigualdad de salarios; pero no se detienen a pensar razonadamente en estos problemas desentrañando sus raíces que son, sencillamente, la carencia de leyes drásticas para el reconocimiento de la paternidad y la protección del hogar.

¿Qué se gana con recoger y recluír por redadas los millares de pilletes que pululan por las calles y que mañana serán carne de presidio, si diariamente brotan otros tantos seres desdichados, producto del desenfreno y de la irresponsabilidad masculina, de esa doble moral que impera en nuestra sociedad?

No es, pues, remedio radical fundar a millares refugios para niños, máxime si se tiene en cuenta que todos los modernos pedagogos, sicólogos y siquiátras están de acuerdo en que la estabilidad de un hogar, iluminado al menos por la presencia de la madre, es el único que puede formar seres equilibrados y sanos de alma y cuerpo.

¿Por qué entonces en vez de pensar solamente en recoger a los pequeños vagos, no se piensa también y primordialmente en atacar el mal en su raíz, obligando a los verdaderos responsables a proporcionarles el sustento y el abrigo a que tienen derecho?

Generalmente los vagabundos son arrojados a las calles porque la madre es incapaz de soportar la carga económica, y así se ve forzada a deshacerse de ellos. Los hogares abandonados por el padre se cuentan por centena-

res, sin que exista fuerza coercitiva alguna contra esa clase de infamia; éstos son los dos grandes talleres de fabricación de la vagancia infantil. ¿Por qué no pensamos seriamente en acabar con tan perversas prácticas y costumbres?

Yo creo que éste sería uno de los puntos centrales para un programa básico del grupo femenino organizado, que tendría todo el respaldo y el apoyo de los hombres de moral y responsabilidad probada.

Necesario es, pues, que las mujeres, tanto las liberales como las conservadoras, formen dentro de su respectivo partido un vigoroso *grupo de presión*, que imponga nuevos rumbos a la política, elaborando programas concretos y escogiendo sus propias representantes que vayan al parlamento a sostenerlos. Sería ésta una provechosa experiencia, fecunda en bienes para el país, y que daría un vuelco a la torcida política que se ha practicado, porque las mujeres constituimos más de la mitad del electorado colombiano.

Ultimamente se aumentó en cincuenta curules el número de representantes debido al aumento de población; sin embargo, ni siquiera se ha pensado que una buena parte de dichas curules corresponde con justísimo derecho a la mujer.

Precisa que las mujeres conozcan el sistema empleado para la adjudicación de curules, es decir, la mecánica que opera en esta distribución. Por eso, creo necesario dar una sencilla explicación sobre el cociente electoral, a fin de que todas adquieran ideas claras acerca de estas cues-

tiones aparentemente abstrusas, pero de fácil comprensión si nos dedicamos juiciosamente a estudiarlas:

El cuociente es la cantidad que resulta de dividir el volumen de votos que obtenga cada partido por el número de curules que le corresponden en la respectiva Circunscripción Electoral. Sabemos que, según nuestro sistema bipartidista vigente, a cada partido le corresponde la mitad de las curules.

Ejemplo: Si el partido liberal pone en una elección 60.000 votos y a este partido le corresponden tres (3) representantes, dividimos a 60.000 por 3, lo cual da un resultado de 20.000. Este es el *cuociente*, es decir, el número de votos que se necesitan para sacar un representante.

Supongamos que hubo tres listas así:

	<i>Votos</i>
La lista oficial del partido, que obtuvo	35.000
Una lista disidente, que obtuvo	18.000
Y otra lista disidente, que obtuvo	7.000

Hecha la división correspondiente, a la lista oficial del partido le cabe 1 representante por *cuociente* (20.000 votos) y le sobra un residuo de 15.000.

A pesar de que ninguna de las otras dos listas alcanza al cuociente, no por ello quedan excluidas del escrutinio, porque los votos obtenidos por cada una de ellas se consideran como *residuos* para el efecto de la adjudicación de los puestos restantes, en orden descendente, así: 1 para la primera lista disidente, que obtuvo el mayor

residuo (18.000 votos), y el otro para la lista oficial que obtuvo el residuo que le sigue (15.000). De manera que la tercera lista, con sólo 7.000, ya no alcanza a sacar representantes.

Para más claridad, pongamos otro ejemplo, aplicado a la Circunscripción Electoral de Cundinamarca antes del reciente aumento de curules:

	<i>Votos</i>
Volumen global de la votación liberal	259.281
Número de representantes liberales ..	8
Cuociente liberal (259.821 dividido por 8)	32.477

Supongamos que hubo tres listas liberales, así:

	<i>Votos</i>
Lista A, que obtuvo	150.402
Lista B, que obtuvo	52.880
Lista C., que obtuvo	56.539

Para saber cuántos representantes corresponden a cada una de las tres listas, se hacen las siguientes operaciones:

A - Dividimos a 150.402 por 32.477, lo cual da como *cuociente* 4 y un *residuo* de 20.494.

B - Dividimos a 52.880 por 32.477, lo cual da como *cuociente* 1 y un *residuo* de 20.403.

C - Dividimos a 56.539 por 32.477, lo cual da como *cuociente* 1 y un *residuo* de 24.062.

De modo que se adjudican 6 representantes por *cuociente*, así: 4 a la lista A; 1 a la lista B, y 1 a la lista C.

Los dos representantes que faltan para completar el número de 8 que corresponden al partido liberal, *se adjudican por residuo*, así: 1 a la lista C, que obtuvo el mayor residuo (24.062), y el otro a la lista A, que obtuvo el residuo que le sigue en orden descendente (20.494).

En las circunscripciones electorales que no tienen derecho a elegir más de dos representantes de cada partido, como las de Caquetá y La Guajira, por ejemplo, no rige el sistema del cociente electoral sino el de mayoría, de tal suerte que aunque se presenten al debate dos o más listas de un mismo partido, los dos representantes se adjudican a la lista que alcance el mayor número de votos.

Queda, pues, plenamente demostrado que si las mujeres liberales, como también las conservadoras, son capaces de estructurar *grupos de presión* firmemente organizados y que cuenten con un poderoso volumen de votación, forzosamente habrán de ser respetadas por los varones, quienes se verán obligados a incluir un número proporcional de las candidatas escogidas por tales grupos en las listas oficiales de los respectivos partidos; de lo contrario, podrían lanzar listas propias que obtendrían, seguramente, un resultado positivo.

Hecha esta explicación, queda nítidamente establecido que no son los varones los responsables de la exigua representación femenina en el Parlamento, sino las mismas mujeres, que teniendo a la mano el instrumento de la ciudadanía, que es el voto, no saben utilizarlo para determinar la legítima proporción a que aspiran y que debiera corresponderles.

Pensemos en el fenómeno político que se operaría en el país el día en que las ciudadanas formaran, dentro de sus respectivos partidos, dos vigorosas organizaciones políticas, coordinadas entre sí en cuanto a sus programas. Y pensemos que, en el peor de los casos, no lograrán llevar más que una representante por cada circunscripción electoral a los cuerpos colegiados de la nación, que dan un total de 18 por cada partido. Nadie sería tan lerdo para desconocer que un grupo de 36 representantes es invulnerable para la defensa y expedición de cualquier proyecto de ley de interés general.

Despojadas de ambiciones personalistas y actuando más en función de patria, llevaríamos al Parlamento un equipo de mujeres capaces de renovar el viciado ambiente de ausentismo parlamentario, de feria de influencias, de tráfigo de negocios y paseos remunerados, de lenidad e inoperancia de la justicia, en fin, de tantas lacras morales que aumentan el desprestigio y amenazan con la quiebra de la institución parlamentaria.

Es indudable que si las mujeres estuvieran actuando con verdadero sentido político, respaldadas por una vigorosa fuerza femenina, hubieran podido protocolizar una protesta contra el alza de las dietas y dado un certamen de moral, que pide a gritos la opinión pública. De lo contrario, en el papel de comisión de aplauso, están cavando la fosa de su propio prestigio y dando margen para que se prescindiera de la participación que justamente debiera corresponder a las nuevas ciudadanas en los altos cargos de la administración pública.

No hay que olvidar que a la mujer, que por primera vez interviene en la política, se le exige siempre algo extraordinario; así lo han expresado algunos varones que esperaban actuaciones trascendentales de las parlamentarias, sin percatarse de que en cada elección son más escasos los hombres que han demostrado excepcionales aptitudes en el hemisiciclo parlamentario.

Veamos algunos conceptos masculinos en cuanto a la actividad política de la mujer.

En un artículo enviado desde Quito para "El Espectador", José Mar, notable político boyacense y uno de nuestros más poderosos auxiliares en la lucha por la conquista del voto femenino, dice textualmente:

"Un amigo de Bogotá, liberal él, de esos para quienes lo importante es el poder, me dice en una carta, con un tono de amistoso reproche, si no estoy de acuerdo con él en que las mujeres que han asistido y asisten ahora a las Cámaras Legislativas no han hecho en esos recintos del Capitolio un papel esplendoroso. Yo lo digo de este modo delicadamente amable, pero en realidad mi amigo escribe que la representación femenina en el Congreso Nacional ha sido oscura y poco menos que desastrosa. Desde aquí he leído en la prensa de mi país las informaciones sobre los debates parlamentarios y realmente no he encontrado en ellas nada que me parezca un triunfo de la inteligencia femenina".

La voz autorizada de José Mar expresa su desconcierto ante la actual actividad política femenina, carente de brillo y de grandeza en las altas posiciones, y esto, desgra-

ciadamente, es la verdad. Pero no es menos verdadero que la mujer no ha escogido su auténtica representación y por tanto no se le puede cargar la responsabilidad de tales fallas.

Así mismo, el doctor Alfonso Bonilla Aragón habló en un extenso artículo sobre la actividad política de la mujer y especialmente sobre su presencia en el Parlamento en los más despectivos términos; dijo, entre otras cosas, que las señoras que concurrían a los cuerpos colegiados se ruborizaban con sólo contestar a lista y que más les valdría quedarse en su casa tejiendo crochet o recitando versos de Juan de Dios Peza.

Bastan los conceptos transmitidos para que las damas colombianas mediten en las obligaciones que impone y en las superiores calidades que exige de ellas la representación popular. Ciertamente todas estas deficiencias podrían enmendarse con la unificación femenina en torno a ideales y programas que formaran en ellas una clara conciencia de sus nuevas responsabilidades.

Se me dirá que en ningún país del mundo se ha organizado la mujer como fuerza política, lo cual determina su escasa participación en los cuerpos colegiados, y es la verdad. Pero no es menos verdadero que fue Colombia el primer país del mundo en donde le fue otorgado el derecho del voto a la mujer en la Constitución de la Provincia de Vélez en 1853. ¿Por qué no podría ser también el primer país de donde partiera la orientación política femenina?

A través de mi experiencia política y de mis viajes a diversos países, he tenido la oportunidad de convencerme de que en ninguno de ellos ocupa la mujer una posición directriz paralelamente igual a la del hombre. A pesar de haber obtenido en casi todo el mundo la igualdad civil y política, en todas partes continúan los hombres solos al frente de las altas cuestiones del gobierno. Muchas veces me he preguntado cuál será la causa de esta ausencia femenina en la dirección central de los gobiernos y, después de una tenaz investigación, he llegado a la conclusión clara de que aún no ha logrado superar esta etapa de su evolución mental: partiendo de la posición de cosa o mueble en donde la ubicaron desde épocas ancestrales, libró con fortuna su primera batalla por la igualdad civil; luego la segunda por su igualdad cultural y, finalmente, la tercera por su igualdad política; pero una vez obtenida esta plenitud de derechos, el feminismo se estancó y casi puede afirmarse que sufrió un retroceso. Quizás pensó que, una vez cumplido este lento y difícil proceso de recuperación, ya todo estaba hecho y olvidó que toda batalla se libra para obtener un objetivo concreto cual es, en este caso, el de participar como fuerza creadora y organizadora en la dirección de los Estados.

Pienso que este gran conglomerado humano, alejado o marginado en todas partes de las actividades públicas, ha de tener algo que decir; iniciativas propias que pueden ser muy útiles para la buena marcha de la comunidad; aportes procedentes de un talento y una sensibilidad social desconocidos porque nunca se han manifestado; con-

ceptos y soluciones para problemas que la mujer ve y aprecia desde un ángulo diferente al del varón porque proceden de diversas vivencias y modos diferentes de apreciación. Este ignorado caudal de nuevas inquietudes no se ha sumado al acervo cultura ni se ha exteriorizado en los modos o formas de los gobiernos.

Parece que las mujeres confundieron el propósito inmediato de la lucha, que era la adquisición plena de los derechos, es decir de los instrumentos necesarios, con el fin, que es el de exteriorizar su presencia como fuerza creadora en la dirección de las naciones, lo cual no podía hacerse mientras no tuvieran en sus manos tales instrumentos. Pero es lo cierto que el feminismo se esfumó en todas partes cuando la mujer alcanzó la nueva posición de sujeto de derecho. Existe actualmente una total carencia de líderes feministas capaces de trazar audaces programas de gobierno que determinen la formación de grupos femeninos de presión con fuerza suficiente para penetrar por los canales de expresión política hasta las altas esferas gubernamentales. Por eso el conglomerado femenino se quedó estacionado y se dispersó en diversas asociaciones filantrópicas o de beneficencia, cuando no se infiltró dentro de los grupos o matices de la opinión masculina, lo cual ha venido a determinar su absoluta inoperancia como fuerza y caudal de nuevas aportaciones.

Este es uno de los más poderosos argumentos esgrimidos por los hombres en contra de la presencia de la mujer en la política. Afirmaron en un principio que esta actividad era impropia del sexo femenino, y hoy refuer-

zan su tesis demostrando el desdén mundial de las mujeres por la política.

Lo curioso es observar que en países como Australia, en donde las mujeres obtuvieron igualdad de derechos con los hombres desde 1902, sólo han figurado en el Parlamento catorce y actualmente no hay una sola. Así lo declara Freda Brown, Secretaria de la Unión de Mujeres Australianas. La misma escritora describe la situación de "ciudadanas de segunda clase" que ocupan allí las mujeres, a pesar de que la ley reconoce su igualdad. La discriminación que padecen las mujeres australianas se refleja en diversas manifestaciones de estructuración social, y se manifiesta claramente en la inferioridad de salarios que es "en las fábricas de confección, de electricidad y de textiles, un 25% menor que el de los hombres". Así mismo pesan sobre ella prohibiciones como la de adquirir el título de ingeniero o de mecánico. Sin embargo, y a pesar de tamañas desigualdades, no han pensado que tienen en sus manos los instrumentos para corregirlas que son, precisamente, los derechos civiles y políticos ya obtenidos. Así, en vez de utilizarlos formando una poderosa organización política que lleve sus representantes al Parlamento y a las altas esferas del gobierno, lo que hacen es asociarse para celebrar reuniones y manifestaciones y elevar memoriales de petición, como ocurrió con los maestros, cuya actividad describe así Freda Brown:

"La Federación de Maestros ha desempeñado durante muchos años el papel fundamental en la lucha contra la discriminación del trabajo femenino. Sus nu-

tridas delegaciones se presentaban en el Parlamento, las maestras dirigieron miles de cartas individuales y colectivas a los diputados, organizaban manifestaciones. Estas acciones eran apoyadas por los hombres. Y hay que decir que la lucha de los maestros aportó sus frutos. A partir del 1º de enero del año en curso (1963), las maestras de Nueva Gales del Sur percibirán igual remuneración que los maestros y disfrutarán de vacaciones pagadas por embarazo”.

Tengo la certidumbre de que la mujer no ha podido superar aún el complejo de servidumbre que constituye, como ya lo he dicho, una superestructura tan poderosa, que la ha dejado ciega en presencia de los nuevos horizontes que tiene ante su vista pero que no alcanza a descubrir con claridad. Por eso a pesar de poseer los derechos políticos, en vez de utilizarlos continúa actuando como antaño.

En Francia, centro de la cultura, tampoco los ha utilizado a cabalidad para penetrar en las altas esferas del gobierno y verter desde allí el nuevo torrente de adquisiciones útiles para el país; allí votan las mujeres, como en todas partes, inmersas dentro de las corrientes políticas masculinas. Una de las mujeres más ilustres de Francia, Simone de Beauvoir, filósofa y escritora famosa, hizo la disección de la siquis femenina y nos presentó los centros afectados, los síndromas morbosos, como también los virus que, al serle inyectados desde remotos tiempos, fueron convirtiendo las deformaciones y trasplantes en algo connatural y tan profundo, que aún perdura en la propia carne

de la misma autora. Prueba de ello es que no intenta esbozar una terapéutica adecuada para la curación y, más aún, la vemos en sus dos libros: "Historia de una Joven Formal" y "La Plenitud de la Vida" pugnando por liberarse de las ligaduras que la atan fuertemente a un pasado todo poderoso. La idea central a través de todas sus páginas es la libertad que le abra espacio vital para su realización integral como ser humano capaz de proyectarse en obras trascendentes. Por eso piensa en escribir, en verter cuanto bulle en su cerebro sobre un mundo en donde ella se siente desposeída, arrancada de las esencias nutricias que alimentan y motorizan ideales y grandes empresas. Se asocia a Sartre por medio de pactos de absoluta libertad, pero en sus relaciones emerge el recóndito impulso ancestral que la inhibe para participar activamente en la política revolucionaria de la resistencia emprendida por todos los intelectuales franceses durante la guerra de 1939. Es así como la vemos ardiendo de inquietud, en espera del regreso de Sartre de las reuniones políticas clandestinas. Lo mismo que todas las mujeres, enciende el fuego del hogar y espera vigilante el regreso del amado, pero no se interna con él en la selva de sus preocupaciones, ni se integra a sus grandes inquietudes políticas. En la segunda de las obras que acabo de citar dice: "Yo no era por cierto una militante del feminismo; no tenía ninguna teoría respecto a los derechos y a los deberes de la mujer", y luego agrega: "Una cuestión que entonces hacía correr mucha tinta era el voto femenino; en el momento de las elecciones municipales, María Vérone, Luisa Weiss, se agi-

taron furiosamente; tenían razón; pero como yo era apolítica y no hubiera hecho uso de mis derechos, me daba lo mismo que me los reconocieran o no". Sus clarísimas dotes intelectuales y su persistente y recia capacidad de lucha contra el medio adverso en que había sido formada, alcanzaron a liberarla de prejuicios y convencionalismos y a colocarla en un elevadísimo plano mental, pero no a trazar derroteros, a señalar caminos para la unificación y liberación femenina en lo general. Me parece que superó con fortuna la primera etapa, pero no alcanzó a tomar el impulso necesario para lanzarse en vuelo hacia la conquista de un porvenir para sus hermanas a fin de realizarse en la colectividad como fuerza motriz, y no en la unidad como persona aislada.

En los Estados Unidos, en donde la mujer demostró su asombrosa capacidad desde la primera guerra mundial cuando reemplazó al varón en todas las actividades, aun en las más difíciles, y puso a marchar el país mientras los hombres se desplazaban hacia las fronteras de guerra, era obvio que al normalizarse la situación las mujeres entrarán a compartir también el poder ocupando posiciones importantes en el comando del Estado. Sin embargo, no fue así porque la "Liga de Ciudadanas Votantes" se encargó de marginarlas de la política activa. Todos sabemos que esta organización es apolítica y que sus objetivos se cifran primordialmente en la formación de un gran bloque femenino capaz, con sus votos, de inclinar la balanza en favor de determinado candidato o lista de candidatos varones que más satisfaga a la Liga, es decir, que de sus filas

no pueden surgir candidatas propias porque sus afiliadas no están agrupadas dentro de un partido y, por tanto, carecen de posibilidades para desarrollar campañas políticas preelectorales. La 'Liga de Ciudadanas Votantes' es una institución creada para nobles finalidades, que opera eficazmente en la defensa económica del hogar y en la selección de candidatas varones, convirtiendo a las mujeres en fuerza amorfa y aislada de las palancas del comando del gobierno. Por eso en ese país, de tan enorme potencialidad económica y de absoluta igualdad, la representación femenina en el Parlamento es casi nula: entre once senadores por el Estado de Nueva York no hay más que una sola mujer; en los cincuenta Estados no figura una sola gobernadora; en las gerencias de Bancos y grandes empresas en donde las mujeres tienen la mayor parte de las acciones, no encontramos una sola al frente de las directivas de tales empresas.

Observo también que en las grandes asambleas como el Forum Mundial de Mujeres, reunido en Bruselas en 1962 con 120 delegadas pertenecientes a 32 países de todos los continentes, se discuten puntos importantísimos relacionados con el anhelo mundial de paz, pero se pronuncian en forma de peticiones y recomendaciones a los gobiernos. Ninguna levanta la voz para proclamar una acción directa; para decirles a sus hermanas que los problemas se solucionan desde el gobierno y que, por tanto, precisa introducirse dentro de éste para actuar de manera positiva. Que solamente por medio de recias organizaciones políticas, representadas en los parlamentos y en los gabinetes

ministeriales, se pueden implantar programas y llevar a la práctica los altos ideales de paz. Así, en vez de asumir su nueva posición de sujetos de derecho, se han quedado sumergidas en el pasado; pidiendo, recomendando y procurando.

En Colombia, la sutil inteligencia de Alberto Lleras Camargo nos trasladó la semilla de la "Liga de Ciudadanas Votantes" con el nombre de '*Unión de Ciudadanas de Colombia*', institución destinada a preparar a las mujeres únicamente para el ejercicio del sufragio, a morigerar la pugnacidad partidista y a formar, en fin, un grupo femenino muy útil para la elaboración de las estadísticas, presencia en las manifestaciones de respaldo a gobernantes o a decisiones de carácter apolítico. Así, entretenidas las damas en actividades buenas, desde luego, y muy santas y nobles, pero alejadas de la política militante, es decir, fuera de los canales de expresión ciudadana, las sorprenden los debates para elegir cuerpos colegiados, y necesariamente se abren en dos alas, cada una de las cuales sufraga devotamente por la lista de candidatos varones que ha lanzado el partido político al cual pertenecen por herencia o por emotividad. Ni siquiera les queda aquí, como en los Estados Unidos, la posibilidad de votar en masa por un programa, ya que nunca han existido para esta clase de elecciones. La única posibilidad para este género de asociaciones femeninas apolíticas es la de *recomendar* a las directivas de los partidos los nombres de algunas mujeres y *pedir* que sean incluidas en las listas

oficiales de candidatos a los cuerpos colegiados. Petición que queda en el vacío por carecer de fuerza compulsiva organizada que los obligue a hacerlo ante la certidumbre de la capacidad femenina para lanzar listas propias.

En esta época caracterizada por la competencia y la propaganda, encuentro natural que los varones quieran conservar a toda costa sus posiciones y que empleen para el caso los medios que el razonamiento lógico y la sutileza mental aconsejan. Lo que me sorprende es que las mujeres, sujetos pasivos sobre quienes se ejerce tal clase de sugestión, la acojan con tan fervoroso entusiasmo, sin detenerse a meditar en sus consecuencias.

Nadie ignora que cada posición que ocupe una mujer es un puesto que pierde el varón; ellos lo saben muy bien y por eso nos aconsejan con tan paternal solicitud para que les dejemos el campo libre. Tan cierto es esto, que si la "Unión de Ciudadanas Votantes" fuera la panacea para todos nuestros fracasos políticos, han debido dar los hombres el ejemplo fundando una Gran Unión Apolítica de Ciudadanos Votantes. Pero ocurre lo contrario, pues cada día vemos cómo refuerzan y definen sus perfiles partidistas dentro de los cuales tratan de dar a los diversos matices agrupados una participación conforme al volumen de su fuerza organizada y contabilizada en votos efectivos.

Creo que son suficientes estas consideraciones para despejar dudas sobre la necesidad actual de emprender una nueva batalla feminista que abra espacio vital para la presencia de las mujeres en las altas posiciones del gobierno, a fin de que puedan expresar desde allí su men-

saje y aportar soluciones a los magnos problemas actuales. Precisa constituir un caudal de votación femenina organizado y consciente, que es la única manera de obtener representación en el comando del Estado y de hacer sentir las naturales reacciones que hoy suscitan en el mundo entero los *grupos de presión*, que emulan por una mayor participación en la vida activa del país y por una mayor representación de sus propios intereses en los cuerpos legislativos.

Quizás la certidumbre de que esta nueva batalla es más dura y difícil que las primeras es lo que ha detenido el avance del movimiento feminista del mundo hacia el objetivo final. Se trata nada menos que de derruir la muralla fuerte construida por los varones para defender la ciudadela de sus prerrogativas absolutas. Esta muralla es lo que se ha llamado "LA MAQUINA ELECTORAL". Veamos lo que dice al respecto Bertrand Jouvenel en su libro "El Poder - Historia Natural de su Crecimiento":

"La máquina política quizá sea el invento más importante del siglo XIX; parece que hay que ensalzar por ello al americano Martin van Vurem.

'Como cualquier otra máquina, tiene el mérito de ahorrar esfuerzo, al precio de una inmensa complicación...

"...La historia de la máquina en los Estados Unidos y en Inglaterra, en donde fue introducida por José Chamberlain, ha sido escrita admirablemente por el ruso Ostrogorski. Su obra (La Démocratie et l'organisation des parties politiques) fue traducida en varias

lenguas. Y cada país lo ha aprovechado a su modo. Por todas partes se ha comprendido que, puesto que eran los votos los que daban el Poder, el arte supremo de la política sería el de hacer votar, lo cual es un asunto de organización y propaganda.

“En cuanto a la organización, se ha podido perfeccionar lo que Tammany Hall había realizado; no fue necesaria ninguna innovación, e incluso el partido nacional-socialista no creó nada que no estuviera ya en germen en los antiguos procedimientos de Nueva York. Pero en cuanto a la propaganda, ¡qué progreso!

“Los iniciadores de la democracia suponían que la campaña electoral sería una época de educación popular por medio de la exposición controvertida de tesis opuestas; les interesaba esencialmente la publicidad de los debates parlamentarios, los cuales permitían así al ciudadano seguir el trabajo del Gobierno, haciéndose cada vez más aptos para juzgarla. Si la participación de una masa ignorante en la soberanía no dejaba de tener sus inconvenientes, éstos serían ampliamente compensados por la disminución gradual de esta ignorancia a fuerza de discusiones, a las cuales incluso el último de los electores debía prestar atención, porque las mejores mentes habrían de solicitar los sufragios de los mediocres, y estos, formados en esta escuela, serían, al fin, un día dignos del papel eminente que sin discriminación les estaba atribuido.

Este es uno de los más nobles argumentos en favor de la democracia.

“Pero los modernos, como gentes avisadas, han comprendido que formar el espíritu de los electores es abrirselo a los argumentos adversos, al mismo tiempo que a los propios, lo cual es un trabajo inútil.

“Si la facultad razonadora no se ejercita demasiado en la mayoría de una población, todos los hombres son, por el contrario, capaces de emoción, y sobre esta emoción es donde conviene actuar...

“...Cuanto más poderosa sea la máquina, tanto más disciplinados son los votos y menos importancia tiene la discusión: ésta no afecta ya al escrutinio. Los golpes sobre los escaños hacen de argumentos. Los debates parlamentarios no son ya la academia de los ciudadanos, sino el circo de los papanatas.

“La máquina ha comenzado a alejar a las inteligencias y a los caracteres. Ahora éstos se alejan esponáneamente. El tono y el aire de la Asamblea va bajando de diapason y pierde toda altura”.

Inmediatamente aparecieron en el escenario de la política colombiana las nuevas ciudadanas en virtud del “Acto Legislativo N° 3 de 1954, reformatorio de la Constitución Nacional, por el cual se otorga a la mujer el derecho activo y pasivo del sufragio”, todas las actividades varoniles se encaminaron hacia una sutil red de atracción sobre esta masa votante que servía para reforzar la máquina. Empezaron por encabezar el plebiscito con el artículo que dice textualmente:

“Artículo 1º. Las mujeres tendrán los mismos derechos políticos que los varones”.

Esto para llevar a la inteligencia de las incautas ciudadanas la idea de que los derechos políticos les habían sido otorgados por los dirigentes de los partidos tradicionales y había que agradecerles la dádiva votando por ellos.

Las mujeres no se dieron cuenta de esta treta de notoria mala fe y frecuentemente se oye en las reuniones de señoras la versión de que los derechos políticos los obtuvieron por medio del plebiscito.

Tan maliciosamente falso es esto, que si votamos el plebiscito era porque ya teníamos los derechos políticos que nos facultaban para este acto. Pero los varones sabían muy bien que trabajaban sobre un elemento de tan asombrosa candidez, que aceptó el sofisma de distracción fabricado por ellos de que *votábamos el plebiscito para que pudiéramos votar.*

Pretenden algunos que el Acto Constituyente N° 3 de 1954 que concedió a la mujer el derecho activo y pasivo del sufragio no tenía validez alguna por proceder de una dictadura repudiada y derrocada por el pueblo y que, por tanto, era necesario incluir en el plebiscito la disposición que otorgaba ese derecho. Peor han quedado con este argumento, porque si la disposición citada no estaba reformada, suprimida o derogada, sobraba aquella con que adornaron el plebiscito para simular el obsequio a las mujeres. ¿O era que estaba derogada? Entonces nos llevaron a votar ilegalmente para que les hiciéramos el plebiscito,

porque es verdad sabida que fueron nuestros votos los que lo sacaron triunfante.

Queda, pues, derrumbado el mayor argumento de los hombres, que consiste en afirmar que las mujeres no tienen aptitudes para la política porque en todos los países del mundo su representación en los cuerpos colegiados es mínima. Ya vimos cómo para tal efecto se necesita estar en posesión de una "máquina electoral" que los hombres tienen fabricada y montada desde hace muchos años; que como un efecto natural de la libre competencia se empeñan en impedir que las mujeres organicen una para el mismo fin, y que las mujeres no han sido capaces de vencer estos obstáculos, para aglutinarse políticamente, derrumbando así la valla que les impide actuar con inteligencia rectora en la dirección de los negocios públicos en igualdad de condiciones con el hombre. Quizás le ha faltado tiempo a la mujer para alcanzar tal objetivo, y quizás también los recientes fracasos sean un incentivo para lograr su propia organización.

